

**En el Nombre de Dios,
El Clemente,
El Misericordioso**



Editorial
Elhame Shargh



EL FARO

سرشناسه: جوانی، مهدی، ۱۳۳۹ -
عنوان قراردادی: آن قصرها - اسپانیایی

عنوان و نام پدیدآور: (Un relato de la vida del décimo Imam, Ali ibn Muhammad al-Hadi)/Autor Mahdi Yavani;dibuios Ali Abbasnia;Traducido del persa por Zohre Rabbani

مشخصات نشر: قم: الهام شرق، ۱۳۹۳ - ۲۰۱۳ م.

مشخصات ظاهری: ۲۸ ص: مصور (رنگی).

شابک: ۹۷۸-۹۶۴-۲۸۲۴-۵۷-۱

وضعیت فهرست نویسی: فیا

یادداشت: اسپانیایی

یادداشت: کتاب حاضر تحت عنوان "آن قصرها" بر اساس داستانی از زندگی امام هادی علیه السلام توسط انتشارات بنیاد بعثت منتشر شده است.

یادداشت: گروه سنی: ب.ج.

آوانویسی عنوان: آکلوس پالاسیوس ای استاس تو میاس

موضوع: علی بن محمد (ع)، امام دهم، ۲۱۳ - ۲۵۴ ق.

موضوع: داستان‌های مذهبی

شناخته افزوده: عباس‌تیا، علی، ۱۳۷۰ - تصویرگر

شناخته افزوده: ربانی، زهره، مترجم

رده بندی دیویی: ۱۳۲۲ الف ت/۳۶۴۴/۶۸۳۷۱۳۷

شماره کتابشناسی ملی: ۳۲۷-۵۲۶

Autor: Mahdi Yavani
Ilustraciones: Ali Abbasnia

Traducido del persa por: Zohre Rabbani

Colaboración: Karina Sain

Director artístico: Naser Hasani

Publicado por: Editorial Elhame Shargh

P. O. Box: 37185/4138 Qom, Irán

Tel/Fax: +982532903644

Fundación Cultural Oriente

Grupo Infantil y Juvenil "El Faro"

www.faro21.com

info@faro21.com

Primera edición: 2014

3000 ejemplares

ISBN: 978-964-2824-57-1

©Todos los derechos reservados

Se permite la reproducción citando la fuente

Aquellos palacios y estas tumbas



La ciudad toda se encontraba inmersa en la oscuridad. El sol había echado su fuego durante el día y luego, se había dormido detrás de las montañas. El ambiente no tenía ahora la aridez del día. Los habitantes de Samarra permanecían en sus casas luego de un día de trabajo agotador. Seis soldados armados, recorrían despaciosamente y calladamente la ciudad. El jefe era más alto y vigoroso que el resto y caminaba en el medio. Uno de ellos se quitó el velo que cubría su rostro y con una carcajada temerosa y agitada dijo: “Debemos sorprenderlo para que no pueda esconder las armas y las cartas”. Otro de ellos, que caminaba junto al jefe, lo miró







y le dijo: “¡Mi comandante!... es un atrevimiento... pero ¿por qué Mutauakil, el príncipe de los creyentes, (califa Abbásida) lo dejó vivir hasta ahora a pesar de que es su oponente?” Encolerizado el comandante le hizo cerrar la boca y dijo: “¡Oh tonto! Aún es temprano para que descubras las artimañas de su majestad, el califa. Abul Hasan es respetado y no es posible eliminarlo tan rápidamente, es por ello que su majestad nos envió a esta hora de la noche a fin de arrestarlo”. Otro de los soldados, que ajustaba más su faja roja agregó: “El exilio de Abul Hasan desde Medina a esta ciudad, fue precisamente por que el amor hacia él se había arraigado en los corazones de los medinenses y los mequinenses. Por cierto que resulta difícil eliminar a semejante persona”.

Como si de pronto recordara algo exclamó el comandante: “Suficiente. Basta de hablar. Nadie debe enterarse de nuestra presencia aquí, vigilen las calles y las terrazas, cabe la posibilidad de que nos ataquen desde detrás de las palmeras o desde las azoteas en medio de la oscuridad de la noche.



Caminen guardando distancia... ¡rápido!..."

Los soldados apretaron en sus diestras los alfanjes y los puñales. Anduvieron uno tras otro por las calles desiertas, hasta detenerse a la puerta de una casa. En un rincón oscuro, los cinco soldados rodearon a su comandante y le prestaron atención: "Silencio... ¡Escuchen bien! Ustedes tres, previa señal mía y sin demora alguna, treparán la pared de la casa, y yo... con ustedes dos vigilaré desde afuera. Si alguien intenta huir será hombre muerto". "Mi comandante, ¿por ventura son suficientes tres hombres para tan importante tarea?" "¡Ah!... ¡Cobarde!... tres hombres para arrestar sólo a uno, y todavía dices... no hables en vano... ¡Apréstate!"

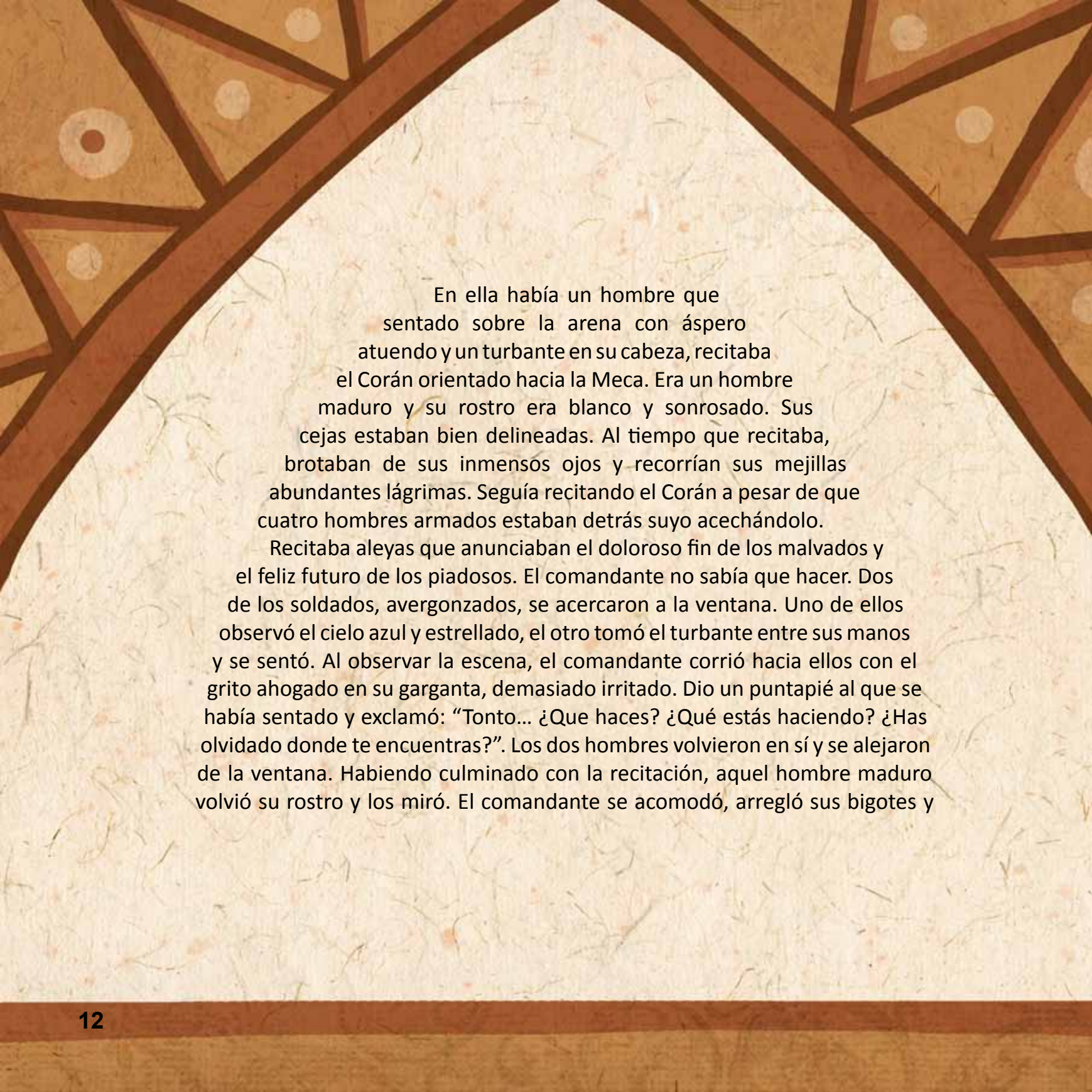
El comandante acomodó su turbante y palpó el mango de su espada.



Los dos soldados y él bloquearon la casa. Las débiles luces de las casas vecinas se apagaban unas tras otras. La sombra del silencio, ahora mucho más que al atardecer, se había apoderado de la ciudad. Poco después el comandante dio la señal. De inmediato tres inmensas sombras treparon la pared y saltaron al patio. Con las espadas en sus manos, lo inspeccionaron. Todo estaba a oscuras, excepto una pequeña habitación iluminada por una luz amarilla. La casa toda guardaba silencio, pero aquella habitación encerraba un murmullo. Sus manos se debilitaron al oírlo. Se miraban uno al otro como si no conocieran su responsabilidad. Finalmente uno de ellos dijo precavidamente: “Ustedes vigilen bien, yo iré a avisar al resto”. Con suavidad abrió la puerta y salió. Muy pronto se oyó en el patio el sonido de los pasos. El comandante con los ojos brillosos y el rostro satisfecho entró antes que todos. Haciendo una señal irrumpió en la habitación, luego lo siguieron los otros.



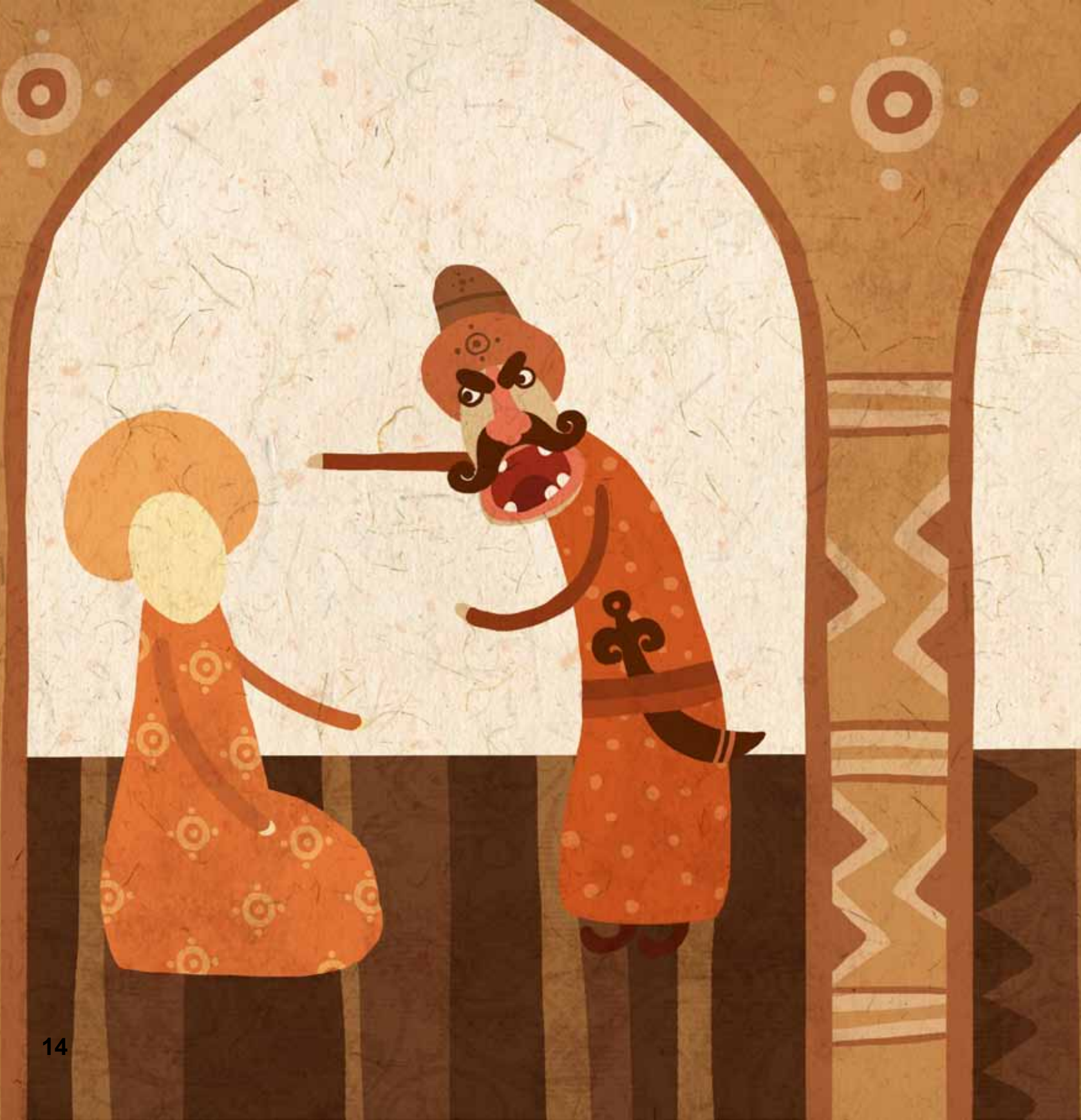




En ella había un hombre que
sentado sobre la arena con áspero
atuendo y un turbante en su cabeza, recitaba
el Corán orientado hacia la Meca. Era un hombre
maduro y su rostro era blanco y sonrosado. Sus
cejas estaban bien delineadas. Al tiempo que recitaba,
brotaban de sus inmensos ojos y recorrían sus mejillas
abundantes lágrimas. Seguía recitando el Corán a pesar de que
cuatro hombres armados estaban detrás suyo acechándolo.

Recitaba aleyas que anunciaban el doloroso fin de los malvados y
el feliz futuro de los piadosos. El comandante no sabía que hacer. Dos
de los soldados, avergonzados, se acercaron a la ventana. Uno de ellos
observó el cielo azul y estrellado, el otro tomó el turbante entre sus manos
y se sentó. Al observar la escena, el comandante corrió hacia ellos con el
grito ahogado en su garganta, demasiado irritado. Dio un puntapié al que se
había sentado y exclamó: “Tonto... ¿Que haces? ¿Qué estás haciendo? ¿Has
olvidado donde te encuentras?”. Los dos hombres volvieron en sí y se alejaron
de la ventana. Habiendo culminado con la recitación, aquel hombre maduro
volvió su rostro y los miró. El comandante se acomodó, arregló sus bigotes y





dio un paso adelante con el ceño fruncido. Lo irritaba la calma de aquel hombre, la misma calma que le impedía tratarlo con dureza. Fingió toser, y dijo: “Se comenta que usted... que usted tiene armas aquí y que ha acumulado unas cartas en contra del gobierno de Mutauakil, el príncipe de los creyentes. Nosotros le solicitamos permiso para inspeccionar la casa. Ninguna respuesta le fue dada. Por eso, indicó a sus soldados que lo hicieran de todos modos. Los soldados desordenaron toda la casa en busca de armas y documentos, pero no hallaron nada.

Dijo el comandante: “¡Oh Abul Hasan! Debes venir con nosotros, te llevaremos ante Mutauakil, el príncipe de los creyentes. No queda tiempo para que te cambies de ropa, debes venir así como estás”.

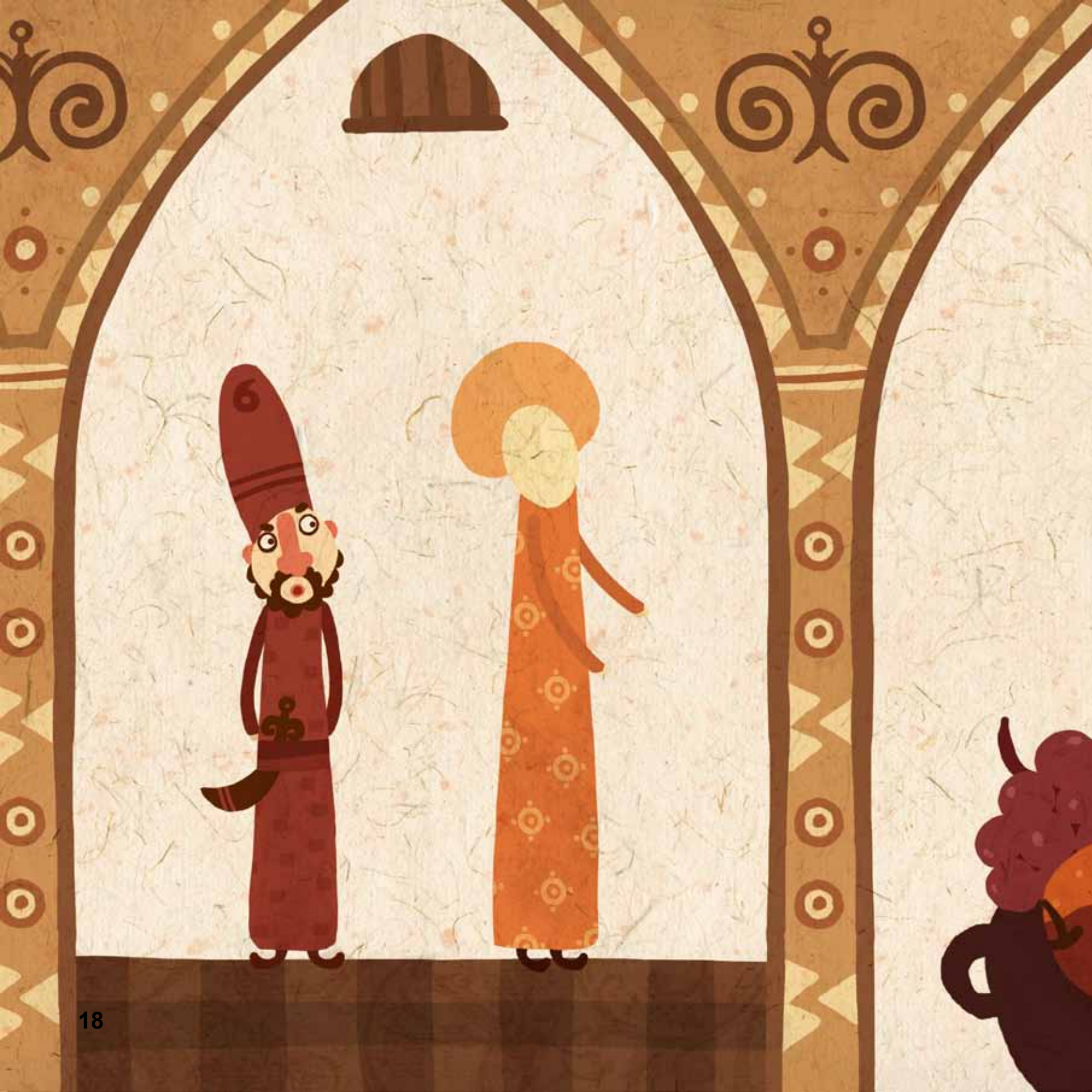






La enorme puerta del salón del palacio se abrió y Abul Hasan ingresó rodeado de soldados. Era asombrosa la intensa luz que iluminaba el salón, las paredes cubiertas de espejos estaban adornadas con las más preciosas antorchas. Las majestuosas y elevadas columnas estaban adornadas con las más brillantes y grandes joyas.


Mutauakil permanecía en su trono. Embriagado y feliz, echaba carcajadas. Llevaba puesto un verde atuendo de pura seda, un turbante multicolor adornaba su cabeza y una copa de oro rebosante de vino ocupaba su mano. Abul Hasan, con ropa sencilla, rostro pacífico y cortos pero firmes pasos, caminó entre las filas de los sirvientes de Mutauakil y se detuvo frente a él.



El califa, en un primer momento, atinó a permanecer sentado en su trono, pero luego, por respeto, debió levantarse frente a Abul Hasan. Los soldados relataron lo acontecido. El califa ansioso de cualquier pretexto, meditó un breve instante, jugueteando con sus anillos y luego le ofreció vino. Uno de sus consejeros sonrió suavemente y dijo a otro: “¡Mira, mira al décimo Imam de los Shiías (Abul Hasan: o sea el décimo Imam, Ali ibn Muhammad, apodado al-Hadi –el guía-) frente al poder de nuestro califa!” Abul Hasan con gran tranquilidad dijo: “Jamás el alcohol ha penetrado en mi carne ni mi sangre”. Cambiando de tema, Mutauakil agregó:







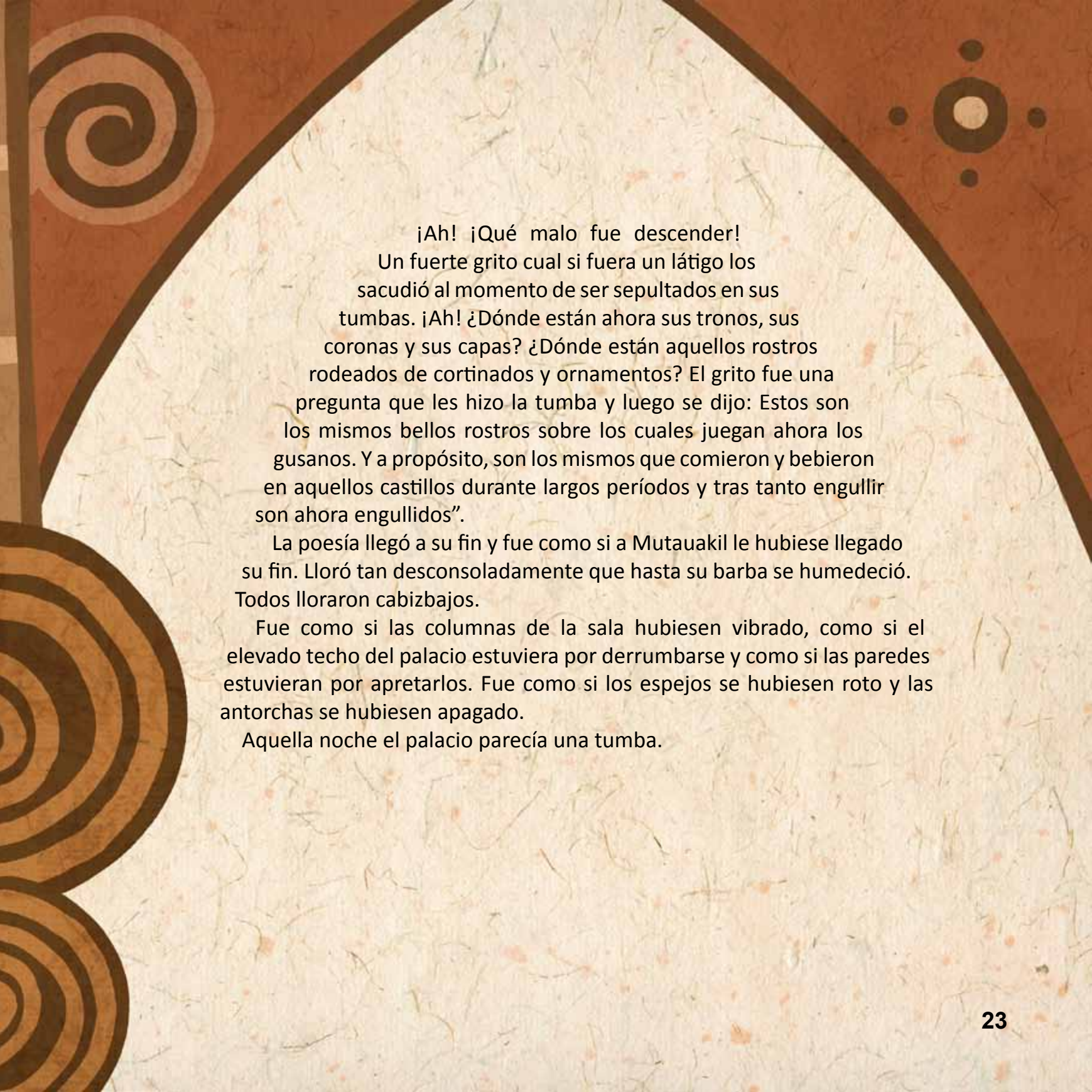
“Entonces, oh Abul Hasan, léeme una poesía que me agrade”. “¿Poesía?, raras veces recito poesías”, dijo el Imam. “Pues no tienes más remedio que hacerlo”, fue la cortante respuesta que recibió. Un poderoso silencio abarcó el recinto. Las miradas interceptaron a ambos.

Aquel consejero una vez más sonrió y dijo a su compañero: “Esta vez el pedido de su majestad es más inteligente que el primero, cuando le ha solicitado realizar algo que no es ilícito como el vino. Pues al pedirle recitar una poesía, no tiene excusas para rechazarlo. Sin embargo, que un hombre como él recite poesías en una reunión lujuriosa, resulta humillante.

Mientras observaba a sus súbditos Mutauakil guiñó su ojo, y reflejó en sus labios la sonrisa de la victoria. El comportamiento de Abul Hasan le demostraba que ya estaba listo para la recitación. Este miró a Mutauakil, observó la sala y comenzó a recitar con voz firme:

“¿Sabes dónde pasaban sus noches los reyes anteriores? Entre cuentos legendarios, en sólidos fuertes, en la cima de la montaña mientras desde el anochecer hasta la madrugada valientes hombres velaban por su seguridad. Pero... ¡qué pena! Los castillos, los fuertes y las cimas de las montañas no los beneficiaron en nada y luego de tanto poderío y majestuosidad descendieron a las tumbas.





¡Ah! ¡Qué malo fue descender!
Un fuerte grito cual si fuera un látigo los
sacudió al momento de ser sepultados en sus
tumbas. ¡Ah! ¿Dónde están ahora sus tronos, sus
coronas y sus capas? ¿Dónde están aquellos rostros
rodeados de cortinados y ornamentos? El grito fue una
pregunta que les hizo la tumba y luego se dijo: Estos son
los mismos bellos rostros sobre los cuales juegan ahora los
gusanos. Y a propósito, son los mismos que comieron y bebieron
en aquellos castillos durante largos períodos y tras tanto engullir
son ahora engullidos”.

La poesía llegó a su fin y fue como si a Mutauakil le hubiese llegado su fin. Lloró tan desconsoladamente que hasta su barba se humedeció. Todos lloraron cabizbajos.

Fue como si las columnas de la sala hubiesen vibrado, como si el elevado techo del palacio estuviera por derrumbarse y como si las paredes estuvieran por apretarlos. Fue como si los espejos se hubiesen roto y las antorchas se hubiesen apagado.

Aquella noche el palacio parecía una tumba.

Aquella noche el palacio parecía una tumba.

